

ENTRE EL TERROR SELECTIVO Y LA DESCALIFICACIÓN COLECTIVA

Agustín Haroldo Locón Solórzano

En otra parte¹, hemos argumentado que a la estructura económica heredada por la colonia fundamentada sobre la gran propiedad de la tierra, la ha acompañado una estructura política que ha resuelto las tensiones generadas a partir de la estructura agraria, pero no las ha resuelto a partir del consenso sino ha debido reprimirlas cuando las mismas son el resultado de reivindicaciones sociales. En ese contexto, la violencia institucionalizada, la violencia empleada desde y por el Estado, ha sido una constante en el desarrollo histórico de este país como instrumento de control de las sublevaciones sociales en torno a la propiedad de la tierra y las injusticias sociales. Ese tipo de violencia ha sido un instrumento permanente empleado para reprimir cualquier reacción social por criticar y cuestionar la forma perversa de distribuir los beneficios obtenidos a partir de la producción.

El padecimiento constante, por parte de la sociedad, de la aplicación de la violencia como forma de control social, nos ha hecho considerarnos como una sociedad violenta, indiferente ante las ejecuciones legales o ilegales por parte del Estado por medio de sus aparatos represivos. Los niveles de violencia institucional exacerbados en la segunda mitad del siglo XX, colocaron a Guatemala ante la comunidad internacional como una sociedad sumida en la barbarie, una barbarie promovida desde la civilización occidental cuando la Guerra Fría servía de instrumento para establecer y eliminar al enemigo en la doctrina de “Seguridad Nacional”.

Pero la violencia no se compone solamente de elementos objetivos como el secuestro, el encarcelamiento, la tortura o el asesinato, también se compone de elementos subjetivos dentro de los cuales es posible clasificar la descalificación al oponente o al mismo amigo como parte de la delación y la adulación empleados como forma de control social en sociedades en las que las posibilidades de ascenso social se encuentran limitadas por el amiguismo y el clientelismo. Esta ha sido, precisamente, una constante en el ejercicio del poder o el interés por alcanzar el mismo dentro de la sociedad guatemalteca. Siempre se ha tratado de descalificar al oponente con tal de restarle méritos o bien para hacerlo desaparecer de la arena política cuando alcanza niveles de lucha política.

¹ Locón Solórzano, Agustín Haroldo. 1997. La violencia durante el gobierno de Jorge Ubico. Tesis de graduación. Escuela de Historia. Universidad de San Carlos.

Si la violencia expresada en la descalificación se quedara solamente en el plano político no sería problema, porque esta sociedad vería como un circo la descalificación constante de los políticos en su lucha por repartirse las instituciones del Estado, el problema es que esta forma de congraciarse con el caudillo o con el jefe alcanza los niveles de la vida cotidiana. En este país, es una constante observar como los amigos o los compañeros de trabajo descalifican al otro con tal de mantener una estabilidad laboral o buscar espacios de ascenso, descalificaciones que van acompañadas de la adulación y la delación como prácticas sociales en medio de sociedades excluyentes. Es una constante que no se diferencia en posturas políticas o ideológicas sino es una generalidad social, por ello, el Estado no tiene dificultades en aplicar la persecución y los aparatos de inteligencia y sean tan efectivos en sus prácticas represivas.

Volvamos a la segunda mitad del siglo XX nuestro. La década de 1970 significó una síntesis histórica del conjunto de contradicciones sociopolíticas heredadas por el derrocamiento del gobierno del Coronel Jacobo Arbenz. En un reducido espacio de tiempo se conjugaron fuerzas interesadas por implantar un sistema socialista, otras porque en Guatemala se implantara un régimen político democrático, así como reivindicaciones socioeconómicas por parte de organizaciones sindicales y campesinas, pero de igual forma se daba una lucha por replantear la visión nacional que el liberalismo cafetalero y la colonia nos heredaron, pero también ese período significa al mismo tiempo la crisis del Estado que aún ahora no ha logrado salvar. Fue un momento histórico en el que personajes educados en la Revolución de Octubre ofrendaron su vida por alcanzar mejores condiciones políticas y socioeconómicas para este país, pero significó también para demostrar hasta donde el poder económico y el poder político pueden llegar con tal evitar cambios que beneficien a la mayor parte de la sociedad.

Aquella fue una época histórica en la que líderes políticos como Manuel Colom Argueta, Mario Fuentes Mohr, Rodolfo Mijangos López, Manuel Andrade Roca y líderes estudiantiles como Oliverio Castañeda de León, Robin García, Rubén Caballeros, Marco Antonio Urizar Mota y tantos otros que se enfrentaron a un enemigo en común, el Estado contrainsurgente y toda su maquinaria represiva con escuadrones de la muerte o de forma ideológica con aparatos de desinformación que contribuían a orquestar la lucha anticomunista. Estos líderes fueron calumniados por ese aparato estatal con tal de justificar su persecución selectiva y luego su asesinato. Pero esa calumnia o descalificación está conjugada en cualquier tipo de guerra, pero la descalificación que vivimos actualmente raya en una psicosis colectiva, principalmente porque los

valores morales y éticos de quien es descalificado no importan, lo importante es destruirlo.

La Guatemala actual, esa sociedad heredera de mecanismos ilegales empleados como instrumentos para debilitar la institucionalidad del Estado y hacer efectiva la guerra en contra del fantasma del comunismo, es una sociedad en la que los líderes y sus acciones son destruidos por la descalificación. Es una descalificación empleada desde los intereses conservadores y desde los espacios ocupados por las clases subalternas. Preguntémosnos por un instante, ¿Actualmente sería posible contar con líderes como los asesinados por el Estado en la década de los 70 y 80 del siglo XX? ¿Sería posible pensar en el contexto actual en un líder político como Manuel Colom Argueta? Aquellos dirigentes y el movimiento social conocían al enemigo y de donde podían venir los ataques, en la actualidad en un ambiente casi-fascista el enemigo es cualquiera, por ello existe una complacencia colectiva cuando se asesina a personajes pertenecientes a algún grupo de las denominadas maras. Como si estos fueran responsables de la inequidades sociales.

Insistamos, las prácticas de descalificación van orientadas a cualquiera desde el Estado, los aparatos de desinformación y la vida cotidiana. La individualidad exacerbada por el neoliberalismo y su lucha por mantener intactos los métodos y técnicas de acumulación a partir de la especulación, ha generado un ambiente en el que la supervivencia individual es más importante sobre que medios emplear para alcanzar el bienestar de esa persona. No importa sobre quien pasar con tal de satisfacer las ansias provocadas por el consumo. En esta sociedad guatemalteca sin dirección y sin rumbo, en donde los antivalores se han convertido en una práctica social, nos hace cuestionar hasta donde resulta válida la afirmación que *los líderes no se lloran sino se imitan*. ¿Cómo formar cuadros como aquellos dirigentes para que construyan *otra Guatemala* sin que sean presas de la descalificación y hacerlos desaparecer por la avaricia y la envidia que corroen las bases de esta sociedad?

La Guatemala del conflicto armado fue desangrada, sin embargo, había algo por qué luchar. La Guatemala del período democrático ha generado una desesperanza colectiva, pero resulta necesario destacar que quienes consideramos que *otra Guatemala es posible* debemos reconstruir lo que nos fue negado. Es del conocimiento general que ahora mueren físicamente más personas que en el momento del conflicto armado, estamos en un período más trágico que el anterior, pero la descalificación mata diariamente sin que lo percibamos. El tejido social, así como la

construcción de contravalores a esas prácticas de descalificación se hacen necesarios si quiere tomar un rumbo diferente al que se nos heredó.

Nueva Guatemala de la Asunción, junio de 2009